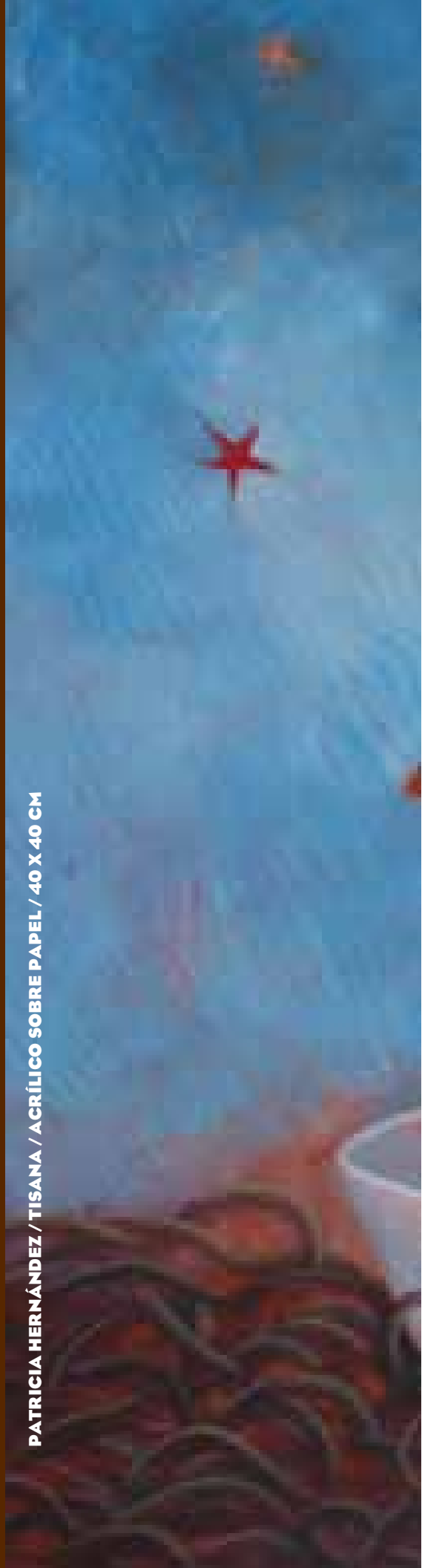


El Chanate:

EL GRABADO EN VUELO

OS JOSÉ JUAN ZAPATA PACHECO

PATRICIA HERNÁNDEZ / TISANA / ACRÍLICO SOBRE PAPEL / 40 X 40 CM





UNO // Al caer la tarde, numerosas parvadas de aves comienzan a poblar los árboles de la Alameda Zaragoza y de la calzada Colón de Torreón, Coahuila. El concierto de cantos y graznidos se extiende al caer el sol, y buena parte de ellos proviene de una de las aves más comunes del país, el *Quiscalus mexicanus*, conocido en numerosas regiones como “zanate”, que en estas norteañas tierras viene a ser “chanate”. Palabra tan lagunera como los “moyotes” (zancudos) o los “asqueles” (hormigas pequeñas).

Hay un aguafuerte de Román Eguía que muestra con detalle a estas aves peculiares. Forma esbelta, plumaje oscuro, cola tan larga como su propio cuerpo, ojos vivaces. El lagunero “chanate” sirvió como inspiración para nombrar uno de los talleres de gráfica más importantes del norte de México.

Nada más natural que su fundación. En una visita a la Universidad Iberoamericana Laguna para impartir un curso, el maestro Arturo Rivera propuso al Instituto Coahuilense de Cultura (Icocult) la creación de un taller de grabado como una forma de convocar a los artistas para aprender e intercambiar ideas en un mismo sitio.

El proyecto fue apoyado por la institución y al frente quedó uno de los alumnos más aventajados de Rivera, Miguel Canseco. Nacido en la ciudad de México en 1975, llegó a tierras del norte para echar a andar El Chanate en noviembre de 2001. Su primera sede fue uno de los cuartos de la casona ubicada en Juárez y Colón, en el centro de la ciudad de Torreón, donde también se encontraban las oficinas del Icocult Laguna.

Desde el primer momento hubo gran interés por parte de los artistas. Jóvenes como Román Eguía, Patricia Hernández, Teresa Hernández o Cristina Treviño fueron algunos de sus primeros talleristas. El resto de la historia del taller ha sido sólo producto del trabajo y la evolución.

“El grabado, por su naturaleza, es un técnica que implica trabajo en equipo, además de que por siglos ha sido un vehículo ideal para que los artistas se expresen”, explica Canseco en entrevista. “Está, digamos, en un punto medio entre la disciplina, la tradición y la invención. Por eso la idea de un taller de grabado en Torreón, para propiciar el encuentro y aprendizaje entre los artistas, comenzando un proceso de crítica mutua que lleve a la profesionalización de su trabajo”.

DOS // Por el Taller de El Chanate ha desfilado buena parte de los creadores visuales de Torreón. Ante la carencia de una universidad que ofrezca una carrera del tipo de Artes Visuales en La Laguna (en realidad, ante la carencia de cualquier carrera de humanidades), el taller ha venido a llenar un poco ese vacío, no sólo con el movimiento del tórculo, sino con conversaciones de arte, con el compañerismo, con el ambiente de convivencia que se genera en este espacio.

En efecto, en el taller han trabajado desde creadores cuya técnica es eminentemente la pintura, como es el caso de Gustavo Montes y Marcela López, hasta fotógrafos como Jesús Flores Valenciano, e incluso productores de instalación, performance y nuevos medios, como José Jiménez Ortiz. Todos ellos diestros en la técnica de grabar.

Destacan dibujantes como José “Pepe” Valdés, quien con su trazo juguetón, retorcido y elaborado ha

ilustrado por igual escenas de la ciudad de Torreón, ex votos y retablos contemporáneos, así como la portada e interiores del disco *Turbulencia*, del grupo de jazz Los Dorados.

Otro de los elementos claves del taller es Eduardo “Guayo” Valenzuela, quien ha trabajado como caricaturista en importantes medios de la localidad, como la *Revista de Coahuila* y *El Siglo de Torreón*.

Guayo es dueño de una técnica poderosa y profunda. Fruto de su trabajo religioso y social con grupos de cholos en La Laguna ha sido la serie *A la brava ese*, en la que, con el trazo agresivo que lo caracteriza, los jóvenes de la calle adquieren una dignidad y una visibilidad en medio de alegorías espirituales.

A la brava ese obtuvo el primer lugar en el Salón de la Gráfica y Originales Sobre Papel de la galería Arte, A. C. de Monterrey, Nuevo León, en el 2004.

En efecto, este concurso representó un parte aguas en el trabajo del taller, ya que los tres lugares y una mención honorífica recayeron en miembros de El Chanate. El segundo lugar fue para Román Eguía con *Piso*, mientras que el tercero fue para Patricia Hernández con *Alfabeto*. Cristina Treviño recibió una mención con *Tensión suspendida*. Los grabadores de Torreón tomaban una de las galerías más tradicionales de Monterrey por asalto.

TRES // La estampa en México cuenta con una historia destacada y apasionante. Nombres como los de José Guadalupe Posada, Julio Ruelas, Leopoldo Méndez y José Clemente Orozco se unen a los actuales de Francisco Toledo, José Luis Cuevas, Nunik Sauret, José Fors, Carla Ripley y Pablo Rulfo, muchos de los cuales han sido maestros invitados en El Chanate.

Se podrían mencionar como centros indispensables el Taller de Gráfica Popular, que actualmente coordina Jesús Álvarez Amaya, fundado en 1935 por artistas como Leopoldo Méndez, Pablo O’Higgins y Luis Arenal, y que vivió épocas de creación intensa hasta la década de los cincuenta, en que salieran varios de sus fundadores; y el taller el Molino de Santo Domingo, donde Octavio Bajonero Gil enseñaba el arte de la gráfica en un momento en que ni La Esmeralda ofrecía clases de grabado.

Más recientemente, Francisco Toledo fundó el Instituto de Artes Gráficas de Oaxaca, importante

centro cultural que comprende también al Centro Fotográfico Manuel Álvarez Bravo. En Colima también destaca el Centro Nacional de Artes Gráficas “La Parota”, fundado en 1996.

En un universo visual dominado por la fotografía, la instalación, los nuevos medios, el performance, el *net-art*, los creadores de Torreón han apostado por la gráfica. Sin embargo, no todo ha sido resultado de la presencia de El Chanate. Las numerosas escuelas de diseño gráfico de la región han traído consigo un interés en la gráfica en sus diferentes aspectos. Prueba de ello están las memorables serigrafías y diseños del taller Máscara vs. Cabellera, de Luis Sergio Rangel y Erasmo Bernadac, así como el Proyecto Moyote, que rescataba íconos de la identidad lagunera a través de playeras, y más recientemente Guerrilla Store.

“Creo que hay una escena interesante de la gráfica en Torreón, no sólo El Chanate en grabado, sino Mascara vs Cabellera en serigrafía, el colectivo El Barrio en diseño gráfico, los trabajos de artes visuales patrocinados por el Santiguado Club Social, tiendas como Guerrilla o Chicle que meten diseño de avanzada de gente local... y todos estos sitios están vivos, jalan gente joven. El trabajo sigue y hay un tránsito generacional que promete muchísimo”, apunta Miguel Canseco.

CUATRO // Además de sus reconocimientos en Arte A.C., el taller ha sido distinguido con menciones honoríficas en la Bienal La Joven Estampa de la Casa de las Américas, de Cuba, donde no se premia una sola obra, sino a un conjunto de ellas, lo cual ha permitido contextualizar el trabajo de los creadores del taller frente al de otros grabadores latinoamericanos.

Sin embargo, Miguel Canseco advierte que, en cuanto a estilo o temática, no hay nada que distinga al Chanate más que la diversidad.

“No hay un gran maestro, una tradición, una línea de trabajo que seguir. En Torreón no existe un ‘estilo’. Existe el compromiso, las ganas de hacer algo técnica y conceptualmente bien estructurado, pero cada quien hace lo suyo, con estilo propio. Creo que el norte brinda ese diálogo sin restricciones, donde todo se vale”.

Por el lado técnico, el taller se especializa en calcografía, que es grabado en láminas de cobre.

“Hay dos vertientes. Una, la de los artistas que

continuamente experimentan nuevos formatos y mezclan, digamos, impresiones digitales con técnicas antiguas, o imprimen sobre superficies no convencionales. Hay otros, como Román Eguía, que cultivan el arte del aguafuerte con un virtuosismo inusitado”.

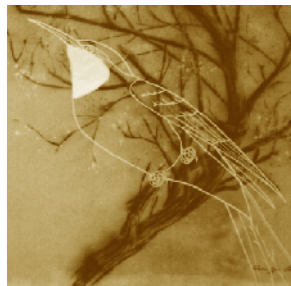
Por lo pronto, abril de 2010 trajo consigo la mudanza de El Chanate a su nueva sede, una casona ubicada en Matamoros 539 Oriente, en el centro de Torreón, donde ha pasado de ocupar un solo cuarto a convertirse, propiamente, en un centro cultural que ya ofrece presentaciones de libros, cursos para niños y hasta subastas de su propio trabajo, fomentando el coleccionismo.

“El Chanate volvió a empezar, con un mayor alcance, ya que tenemos más espacio, contamos con tres aulas, balcones, patio, en fin, varios espacios que permiten que el taller crezca y trascienda el grabado para ubicarse ya como un espacio multidisciplinario de cultura”.

Sin embargo, algo que no cambiará es su filosofía de trabajo, en la que también se destacan las visitas de creadores nacionales que, ya sea para enseñar una técnica o producir una obra, dejan huella al convivir con los grabadores locales.

“Para mí es inolvidable la visita de Jose Luis Cuevas al Chanate”, dice Miguel. “No hizo grabado, no dio clases ni conferencias, sólo compartió una tarde completa de charla informal, pero muy rica, que estoy seguro que caló hondo en los chavos y artistas que estuvieron presentes”.

ROMÁN EGUÍA // Nacido en Torreón, en 1980, con estudios de arquitectura, de pintura, grabado, gráfica experimental y fotografía, Román es uno de los primeros talleristas de El Chanate, y ahora se ha convertido en uno de sus más aventajados maestros. Diestro en el aguafuerte, al igual que en la acuarela y la instalación, son memorables sus grabados en los que la naturaleza muerta del desierto aparece como una revelación súbita, una epifanía en medio del vacío. También destacadas son sus instalaciones en las que retoma elementos



de la religiosidad popular. Ganador de la Bienal Arte Nuevo de la Universidad Iberoamericana Laguna y de premios en Monterrey y Cuba. Es uno de los artistas que ilustran este número de *Armas y Letras*.

Has estado trabajando las antiguas técnicas del aguafuerte del siglo XVIII. Cuéntame algo de estas técnicas y el por qué de utilizarlas.

Para el artista es indispensable tener una congruencia entre el fondo y la forma, en mi caso la obra es un ejercicio de representación puntual y detallada de objetos y ensambles reales o imaginarios. Trabajo sobre imágenes que retoman el espíritu de las antiguas ilustraciones científicas, donde la descripción naturalista del objeto estaba unida a una visión estética y ornamental. En este sentido, la elaboración de las imágenes con técnicas tradicionales del siglo XVIII es fundamental.

¿A qué santo, devoción popular, virgen o culto le construirías un retablo o un altar?

Un altar, como una pieza de arte, es una actividad proyectiva, en donde muestras tus deseos, miedos, agradecimientos e inclusive reclamos. Es por eso que cada obra termina siendo un altar. Pero si tuviera que escoger un santo sería San Francisco de Asís, por su amor por lo pequeño, lo sencillo y lo débil, pues allí es donde escuchamos más libremente a Dios.

Hablando de altares, hay una serie de grabados tuyos bajo ese nombre, mostrando ramas secas, huizaches. ¿Qué tanto hay de espiritual en tu vínculo con la naturaleza del desierto?

Creo que lo espiritual se encuentra en mi obra más en el proceso de elaboración de las piezas que en los objetos representados; la forma en que te presentas ante tu trabajo, cómo preparas tu espacio, al afilar la punta de grabado o el acomodo cuidadoso de tu modelo, los podríamos entender como parte de un ritual de respeto a tu oficio. Y en este sentido, independientemente de si estás dibujando una jaula, un peyote o una piedra, lo espiritual se encuentra en cualquier cosa.

PATRICIA HERNÁNDEZ //

Torreonense de nacimiento. Diseñadora gráfica, maestra en educación, ilustradora de libros infantiles. Patricia Hernández ha concebido un mundo lleno de hallazgos insólitos, de objetos vivos y vivaces, donde una tetera igual puede tener pies o desplazarse sobre ruedas. “Chanate” desde el 2002, algunas de sus exposiciones individuales son *Niñas*, *Alfabeto* o *Enseres domésticos*. En entrevista, recién llegada de Francia luego de una residencia artística, comenta en torno a su visión de lo cotidiano.



Recientemente estuviste en una residencia en el Centre d'Art Marnay Art Center, en Marnay-Sur-Seine, en Francia. Cuéntame del por qué esta institución y del trabajo que ahí desarrollaste.

El contacto con CAMAC surgió a partir de la convocatoria de las becas Unesco-Aschberg, para las que apliqué el año pasado, y si bien no obtuve la beca, sí recibí un apoyo importante de la Fundación Tenot, que mantiene el centro. Me interesó aplicar para esta sede por la ubicación que tiene en relación con el trabajo que he venido realizando. Marnay-sur-Seine es un pueblito muy pequeño, en la región de Champagne-Ardenne pero con una historia muy antigua, ya que fue la sede de un monasterio desde el siglo IX, y aún se conservan restos de la arquitectura medieval que resultaron muy importantes en mi proceso creativo. Desde hace algunos años he tenido una enorme fascinación por el arte románico y medieval y mi trabajo ha ido muy de la mano de su iconografía. Actualmente estoy trabajando sobre un proyecto de bestiario y tuve la suerte de encontrar unos frescos maravillosos en la Iglesia de Notre-Dame de l'Assumption en Marnay, justamente sobre un bestiario del siglo XI, que aunados al entorno me pudieron transportar a otra época y otra manera de ver el mundo. Estuve trabajando una serie de acuarelas con personajes que se forman a partir de objetos que fui encontrando y de detalles de la arquitectura del lugar. Fue una muy buena experiencia además estar trabajando y compartiendo el espacio con artistas de otros países.

En un texto al respecto de una de tus muestras, Enseres domésticos, mencionas al Bosco, cuya extraña estética proviene de una mentalidad todavía medieval e imaginativa. ¿Crees que hemos perdido demasiado la capacidad de asombro frente a los objetos cotidianos?

Creo que hemos perdido la capacidad de asombro, no sólo frente a los objetos cotidianos; si bien la cotidianidad de que gozamos en este tiempo es en sí misma sorprendente y maravillosa porque hemos llegado a un desarrollo que nuestros ancestros no pudieron siquiera imaginar, hemos dejado de lado nuestro espíritu creativo y la capacidad de ir más allá de la tecnología. Nos hemos olvidado de la magia, de la imaginación, del contacto con la naturaleza. Creo que muchas de las imágenes medievales provienen de la observación de la naturaleza y de la posibilidad que dejaban para que actuara la magia. Yo quiero retomar esa idea, observo lo que me rodea y trato de dejar una grieta por la que se cuele la magia en un mundo que ya no la quiere entender.

¿Has soñado alguna vez con alguno de tus personajes?

No, no los sueño, creo que mis personajes tienen más de realidad que de sueño porque están en todos lados, no como seres imaginarios, sino como parte de mi cotidianidad. Los formo a partir de mis trebejos, será que tal vez me gusta soñar despierta.

MIGUEL CANSECO // Deseño de origen y lagunero por adopción, Miguel Canseco ha dirigido el taller desde su fundación a fines del 2001 hasta la fecha. A la par ha ido desarrollando una obra de hondas resonancias, en la que la oscuridad y lo críptico de las devociones populares y el esoterismo llevan la



delantera. Seleccionado en bienales y concursos de Québec, Cuba, Puerto Rico y México, ha presentado quince exposiciones individuales. Es el tercero de los creadores de El Chanate que ilustran este número de *Armas y Letras*.

En el Grabado Flammarion, un misionero encuentra el punto donde El cielo y la tierra se encuentran. ¿Qué



has encontrado tú en el grabado que tenga de místico, de iluminador?

El grabado tiene ese “aire” de misterio, de cuarto de alquimista, esto gracias a su larguísima historia. Como grabador es emocionante saber que ese mismo barniz que usas es poco más o menos el mismo que usó Goya. Tenemos fantasmas venerables: Rembrandt, Picasso. El arte del grabado mantiene su carácter de gremio, de disciplina especializada entre vieja ciencia e intuición. Sí, hay momentos de misticismo en el hacer: barnizar, entintar, cuidar del papel. El preciosismo del grabado, esa mística la encuentra también el espectador al ver la estampa, su limpieza y detalle.

Octavio Bajonero Gil, uno de los más grandes maestros del grabado mexicano, gustaba de coleccionar objetos con el tema de la muerte, que ahora forman un museo en Aguascalientes. ¿Hay algo que a ti te atraiga coleccionar?

Me encantan los objetos relacionados con la magia, la brujería, el esoterismo. Al menos dos veces al año voy al mercado de Sonora en el D.F. al pasillo de los brujos a surtirme de fetiches vudú, santas muertas, malverdes y demás. No soy creyente en esas prácticas, pero los objetos disparan mi imaginación. También colecciono cartas del tarot, pero eso es porque actualmente estoy metido a fondo investigando ese tema.

Crónicas negras, Ópera esotérica, son algunas muestras en las que abordas el tema de lo oculto, de lo esotérico. ¿Cómo se fue fraguando este aborde? ¿Qué tanto viene de tu vínculo con Arturo Rivera?

Hay un llamado, una vocación podría decir, que el pintor debe descubrir. Los artistas estamos saturados de influencias, de formas y caminos ya explorados. Yo he tratado de buscar el mío, a costa de la duda, de quedarme a veces inmóvil sin saber qué hacer o cómo. A veces no se trata de hacer “una carrera” de pintor o artista. ¿De qué sirve una trayectoria si repites lo que otros hicieron? Por eso mi camino ha sido en espiral, hacia lo que considero mi centro. Siempre busqué el misterio, las cosas que me daban miedo y que por tanto quería explicar o tocar de forma metafórica en mi trabajo. Después de quince años de buscar creo que ya empiezo a entender quién soy, cómo quiero que mis imágenes “hablen”. Creo que a los 35 años he entendido este trabajo, este parto espiritual, digamos, este camino en círculos que me llevó a conocerme. El maestro Arturo Rivera me apoyó cuando empecé a pintar, lo conocí cuando tenía 17 años y mi opinión sobre él no ha cambiado: es lo más cerca que uno puede estar de conocer a Caravaggio o José de Ribera. Es un artista de primer orden, irreplicable como los artistas de verdad aparte de ser excelente persona. Gracias a él sé que la pintura no ha muerto, que hay mucho que decir con los pinceles, contrario a lo que se pregona hoy en día. Y sí, claro que comparto con el maestro ese vértigo y atracción por la sombra.